

ñoles y franceses, en que fueron estos derrotados, cayendo de sus resultas Camprodon en poder del caudillo español don Próspero de Tuttavilla (1658). Sitiada á su vez esta plaza por los franceses, y marchando á socorrerla el marqués de Mortara, se empeñó una reñidísima batalla á las orillas del Ter, en la cual el maestre de campo don Diego Caballero de Illescas, esguazando al rio, y cogiendo al enemigo por la espalda, y arremetiéndole espada en mano y entrando en sus cuarteles á degüello, hizo en él tal destrozo, que bien puede decirse se le debió á él una de las acciones mas gloriosas que se dieron en el Principado. Y tambien puede contarse la última que merezca mencion en aquella guerra.

Porque ya ni la Francia ponía gran conato en dominar aquel pais, desesperanzada de conseguirlo teniendo contra sí los naturales, ni España temía ya perderle teniéndolos en su favor, y en lugar de enviar mas refuerzos sacaba de alli los que podia para destinarlos á Portugal, que era entonces donde andaba mas comprometido el honor de Castilla. Y asi ambas naciones se limitaron á pequeños encuentros en aquellas partes, arrastrándose aquella larga y pesada guerra, hasta el grande acontecimiento que á la sazón se preparaba, y que habia de decidir de la suerte futura de todos los países por ellas disputados.

CAPITULO XV.

PORTUGAL Y CASTILLA.

De 1648 á 1659.

El marqués de Leganés ataca á Olivenza y se retira.—Disputanse portugueses y holandeses las posesiones de la India.—El duque de San German, capitan general de Extremadura.—Conspiracion para asesinar al rey de España.—Es descubierta y llevados al suplicio los conjurados.—Muerte del príncipe don Teodosio.—Conjuracion en Portugal para entregar el reino á los españoles.—Castigo de los conspiradores.—Muerte del rey don Juan IV.—Sucesión de Alfonso VI.—Regencia de la reina madre.—Comienza con vigor la guerra.—Conquista el de San German la plaza de Olivenza.—Plan des-
acertado del general portugués, conde de San Lorenzo.—Emprende Vasconcellos el sitio de Badajoz.—Marcha del ministro don Luis de Haró á Extremadura.—Retíranse de Badajoz los portugueses.—Don Luis de Haró entra en Portugal y sitia la plaza de Elvas.—Acométele el portugués conde de Castañeda.—Vergonzosa derrota del ejército español.—El de Haró es llamado á la córte.—Guerra de Portugal por la frontera de Galicia.—Progresos del marqués de Viana.—Cesan temporalmente las hostilidades.—Quédase la guerra en tal estado hasta las paces de Francia y España.

Que en la frontera de Portugal era donde andaba mas comprometida la honra de Castilla decíamos al final del anterior capítulo, y era una triste verdad: como eran una triste verdad tambien las palabras con

que terminamos en nuestro capítulo XI, la relacion de los sucesos de aquel reino, á saber: que ofrecia España un cuadro lastimoso de su impotencia al ver que á los siete años de hecha la revolucion de Portugal y de otros tantos de guerra, nada se habia podido recobrar y la lucha no pasaba de correrías miserables, que solo producian la destruccion de las poblaciones y campiñas fronterizas de ambos pueblos.

En 1648 se quiso darle mas impulso y hacerla con mas vigor. Se aumentaron las fuerzas de aquella parte y se hicieron sacrificios de dinero. Pero el nombramiento del marqués de Leganés para mandar las armas no satisfizo, porque ni la reputacion le abonaba lo bastante, ni la mala fortuna que en otras partes habia tenido le recomendaba. Asi fué que habiendo emprendido con once mil hombres el sitio de Olivenza, y habiendo tomado ya dos baluartes y aun penetrado en la ciudad, el gobernador don Juande Menezes los volvió á arrojar de los baluartes, los obligó á retirarse y abandonar la empresa, volviéndose el de Leganés á Badajoz. Disidencias que surgieron entre los generales portugueses, hicieron suspender por su parte las operaciones; y sin embargo no vemos que el de Leganés se aprovechára de aquellas discordias, ni hiciera nada de lo que la reputacion de un general español y el honor de las armas castellanas exigian.

La devolucion de las plazas y posesiones portuguesas de la India que los holandeses habian tomado

durante la union de Portugal con España, fué cuestion que no dirimida por las reclamaciones diplomáticas, produjo una especie de guerra marítima entre aquellas dos naciones. Los holandeses iban siendo arrojados de los puntos que ocupaban en el Brasil; toda la costa austral volvió á entrar bajo la dominacion portuguesa, al mismo tiempo que en las Indias el virey don Felipe de Mascareñas triunfaba tambien de las escuadras y de las tropas de la república.

Nombrado en 1649 por el gobierno de Madrid el duque de San German don Francisco de Tuttavilla general de la provincia de Extremadura, entró en Portugal á demoler todos los fuertes que los portugueses habian levantado cerca de Olivenza y lo ejecutó sin tener apenas que combatir. Lo demas de la campaña se redujo, como antes, á entradas, saqueos y devastaciones, que no daban otro fruto que acabar de encender el odio entre los dos pueblos. Lo que sucedió al gobernador de Chaves, que cuando volvia del territorio español cargado de botin fué despedazado por un destacamento de Castilla, era un acaecimiento casi ordinario, ya en españoles, ya en portugueses. El infante don Teodosio de Portugal, jóven de diez y siete años, pero ardoroso y vivo, viendo los pocos progresos que por aquella parte hacia la guerra, se fué sin licencia de su padre á la provincia de Alentejo (1651) para animar con su presencia la tropa y ansioso de dar pruebas de valor personal. Pero

llamado por su padre, y recibido con desabrimiento, el pundonoroso jóven enfermó de disgusto y de allí á algun tiempo murió, sentido y llorado de la nacion portuguesa.

Este príncipe habia sido objeto de una conspiracion tramada entre portugueses y españoles, que tenia por designio casarle con la infanta doña María Teresa de Castilla, única hija que habia quedado al rey Felipe IV. de la reina Isabel de Borbon, y como tal heredera de la corona. El plan no podia ser mas magnífico, ni mas conveniente á los intereses de los dos pueblos, porque siendo los dos príncipes los sucesores al trono de su respectiva nacion, era la manera de unir otra vez ambas naciones bajo un mismo cetro, sin menoscabo de la dignidad de cada uno, que habia sido en otro tiempo el pensamiento de los Reyes Católicos, y el único que sin turbulencias ni guerras pudiera, y esperamos que habrá de formar un día de dos vecinos pueblos y por tantos siglos hermanos un solo cuerpo de nacion. Y si el proyecto merecia el título de horrible y de infame que le da uno de nuestros historiadores (1), es porque parece que iba acompañado de el de quitar la vida al rey cuando estuviera de caza, pues no podia realizarse viviendo Felipe y dando lugar á que tuviera nueva sucesion si pasaba á segundas nupcias, como ya entonces se trataba, y se

(1) El señor Sabau y Blanco, do de Felipe IV. en sus Tablas cronológicas, reina-

verificó después. Entraron en este plan don Carlos Padilla, mestre de campo que habia sido en Cataluña, don Rodrigo de Silva, duque de Híjar, don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra, Domingo Cabral, y otras personas de menos consideracion. Descubrióse todo por una carta del Padilla á su hermano don Juan, prendióse á todos, se les formó proceso, se dió tormento á algunos, y convencidos del hecho, don Pedro de Silva y don Carlos Padilla fueron degollados en la plaza mayor de Madrid (1648); Domingo Cabral murió en la cárcel, y el duque de Híjar, que era de los mas culpados, fué condenado solamente á cárcel perpétua y á diez mil ducados de multa: los demás cómplices sufrieron otros menores castigos (1). El rey don Juan IV. de Portugal quedó receloso y resentido de su hijo, y por eso le trató con aquella aspereza cuando le hizo retirar del Alentejo.

A su vez y á los pocos años (1653) se formó contra el monarca portugués y en su reino mismo otra conjuracion, encaminada nada menos que á entregar aquel reino á los españoles: era el principal autor de ella el obispo de Coimbra, uno de los primeros ministros. Tambien esta fué descubierta por uno de aquellos incidentes que hicieron dar al rey el nombre de afortunado. Los delincuentes sufrieron el último supli-

(1) Passarello: Bellum Lusitanum, lib. V.—Laclede: Historia general de Portugal.—Faria y Sousa: Epítome de Historias portuguesas, part. IV.

cio, y el prelado, sin duda por consideracion á su dignidad, fué solo condenado, como el duque de Híjar, á prision ⁽¹⁾.

La especie de inaccion, parecida á vergonzante tregua, que en estos años se observaba de un lado y de otro de la frontera de Portugal, hacía perder mucho al uno y al otro soberano en la estimacion de sus pueblos. La córte de Madrid se disculpaba con que sujeta la Cataluña le seria fácil recobrar aquel reino; pero es lo cierto que se la veia aflojar alternativamente en una parte para atender á la otra. El portugués era ya reconvenido por los mismos príncipes de quienes solicitaba amistad y auxilio, y solo se notaba actividad en la lucha que traía con los holandeses en Ceylan y en el Brasil. Aun así, y á pesar de los heróicos esfuerzos del gobernador Coutiño, tuvo la desgracia de perder la isla de Ceylan (mayo, 1656), que pasó definitivamente al dominio de los holandeses.

En este estado y muy quebrantada ya la salud de don Juan IV. de Braganza, fuéronle abandonando las fuerzas, y apoderándose de él un mal que le llevó al sepulcro á los cincuenta y tres años de su edad (6 de noviembre, 1656), y á los diez y seis de su reinado, en lo general glorioso. Heredóle su hijo mayor con el nombre de Alfonso VI., príncipe de solos trece años, de violento genio y aviesas costumbres, tanto como de

(1) Passarello: Bell Lusitan., de Portugal, tom. VIII.—Vivanco: lib. V.—Laclede: Historia general Hist. de Felipe IV. MS.

escaso talento para el gobierno del estado. Pero la reina madre, que quedó nombrada regente del reino, sabia suplir con su prudencia la falta de cualidades del hijo, y los grandes espermentaron pronto que ante la firmeza y la grandeza de alma de la reina regente, que nuestros lectores no habrán olvidado que era española, se estrellaba el ímpetu de sus intrigas y de sus ambiciones.

Puede decirse que la verdadera guerra contra Portugal no se hizo con calor hasta el año siguiente á la muerte del rey; es decir, en la peor ocasion posible, despues de haber dejado pasar diez y siete años, no ya en la inercia, que menos malo hubiera sido esto, sino en continuas aunque pequeñas escaramuzas y en asoladoras correrías, que no daban otro resultado que enconar mas cada dia los odios de los dos pueblos, acostumar á los portugueses al ejercicio de las armas, darles tiempo para organizar sus fuerzas, al pueblo para habituarse al gobierno del nuevo soberano, y al monarca para consolidar su trono. Y aun ahora la provocacion vino de Portugal, haciendo la reina abrir la campaña con mucha arrogancia y con desprecio de las muchas fuerzas que á la sazón teniamos en la frontera. Entonces el gobernador de Extremadura duque de San German tuvo orden de tomar con vigor la ofensiva, y preparadas todas las cosas la comenzó por el sitio de Olivenza (abril, 1657), tantas veces ya en los años anteriores infructuosamente sitiada. Allá en-

vió la reina de Portugal al conde de San Lorenzo, que salió de Elvas con diez mil infantes y dos mil caballos, y habiéndosele reunido otros dos mil juntó un ejército casi igual al de Castilla.

Aunque San Lorenzo tenía orden de la reina de no esponer el reino todo al trance de una batalla, llevado de su natural presuntuoso é intrépido, se dirigió como á atacar las líneas españolas; y mientras San German ordenaba su gente, prendióse fuego en las barracas y tiendas de los nuestros. Creyeron los portugueses que los castellanos habian quemado su campo para retirarse, y celebrándolo con inmoderada é imprudente alegría, corrieron á alcanzarlos en la retirada. Absortos se quedaron al encontrar el ejército formado en batalla, pero el de San German no supo aprovecharse de aquella turbación, y los dejó sentar los reales en posiciones cómodas. A su vez, el general portugués no hizo esfuerzo alguno por socorrer la plaza como lo esperaba el gobernador; y después de muchos consejos de guerra para determinar lo que habia de hacer, resolvió atrincherar su campo frente al de los españoles. Así estuvieron sin moverse ni uno ni otro ejército, hasta que viendo el portugués lo difícil que era forzar nuestras líneas, levantó sigilosamente el campo (11 de mayo, 1657), sin que los españoles se apercibieran hasta que ya estuvieron á bastante distancia. Entonces el de San German intimó la rendición en términos fuertes al gobernador Salda-

ña, pero contestó con la misma entereza que estaba resuelto á perecer antes que rendirse.

Idea estraña fué la del conde de San Lorenzo de ir á atacar á Badajoz mientras el de San German sitiaba á Olivenza. Comenzó el ataque por el fuerte de San Cristóbal, y habiendo hallado por dos veces resistencia se determinó á dar el asalto. Los soldados dejaron á los portugueses poner las escalas y subirlas, y luego los arrojaron al foso, quedando éste cubierto de muertos. Atónito y confuso el de San Lorenzo, al ver el resultado de su impremeditada y mal concebida empresa, todo era celebrar consejos de guerra y consultar á la corte, hasta que al fin se decidió á repasar el Guadiana y volverse á animar al gobernador de Olivenza, que falto de municiones se hallaba en peligro de tener que rendirse. Noticiosa la reina de la situación apurada de la plaza, á fin de distraer á los españoles envió á Alfonso Hurtado con cuatro regimientos y seis escuadrones á atacar á Valencia de Alcántara; mas como esta empresa tuviese el mismo resultado que la de Badajoz, se trató de socorrer á Olivenza á toda costa, precisamente cuando el gobernador, desprovisto ya de todo recurso, habia pedido capitulación. Trasmitidas las condiciones á la reina, se negó á aprobarlas, y ordenó á Saldaña que no las firmase. En su vista convocó éste á todos los oficiales, magistrados y vecinos principales de la ciudad. Los militares estaban prontos á obedecer la orden de la

reina, mas los habitantes espusieron que no querian sufrir los horrores de un asalto. En su consecuencia se entregó la ciudad á los españoles (30 de mayo, 1657), saliendo la guarnicion con los honores de la guerra, y emigrando casi todos los habitantes á otros pueblos por no vivir sujetos á los españoles (1).

Gran consternacion causó en Lisboa la pérdida de Olivenza. Con justicia recompensó la reina la lealtad de los habitantes, pero no fué tan justa con el gobernador Saldaña y los oficiales, á quienes encerró en el castillo de Villaviciosa, haciendo trasladar despues al primero á Lisboa, y de allí á las Indias por toda su vida. Que si ellos no habian quizá defendido la plaza como pudieran, mas flojo habia andado en no socorrerla, y mas culpable era que todos el general conde de San Lorenzo, á quien sin embargo no quiso que se atribuyera aquella desgracia. El general español, reparadas las fortificaciones, se volvió á Badajoz, á meditar nuevas empresas.

En efecto, no tardó en ponerse en marcha y en embestir el castillo de Mourao (13 de junio, 1657), viejo castillo, pero bien guarnecido, y en que se hallaba un gobernador esperto y valeroso, cual era Juan Ferreira de Acuña. Tambien quiso acudir allá el de San Lorenzo, pero impidióle la caballería española el paso del Guadiana, y en tanto que él hacia un

(1) Pasarello: Bell. Lusitan. lib. VI.

rodeo, al segundo asalto que los castellanos dieron á la fortaleza, rindióla Acuña bajo condiciones honrosas para él. Con esto el duque de San German se volvió á Badajoz, donde distribuyó su tropa en cuarteles sin emprender otra expedicion en tanto que no mitigaran los calores del estío, fuertes y abrasadores en aquella parte de España. El de San Lorenzo intentaba recobrar á Mourao, y asi se lo escribió y propuso á la reina, pero la llegada á Lisboa de don Juan Mendez de Vasconcellos, hábil y valeroso capitan, y á quien el pueblo miraba como el único capaz de reparar las pérdidas y descalabros que acababa de sufrir el reino, produjo cierta mudanza en el espíritu de la córte, y aun en el ánimo de la reina. Leída la carta del de San Lorenzo, hubo sobre ella y sobre su plan diferentes pareceres, ninguno favorable á aquel general ni á su idea, y algunos apuntaron que debia confiarse el mando de las tropas á Vasconcellos, proposicion que rehusó el ilustre portugués con noble hidalguía, diciendo que él solamente iria como voluntario á servir bajo las órdenes de San Lorenzo.

Mientras esto se discutía, la reina con gran talento y suma habilidad llamó al conde de San Lorenzo y á don Manuel de Melo, y les dijo que para reparar las pérdidas y tranquilizar la inquietud de sus súbditos habia resuelto que el rey se pusiera en persona al frente del ejército, dándole por tenientes á Vasconcellos y á Alburquerque. De esta manera y con una de-